

XVI

Luisa pasó la noche con fiebre. Jorge se asustó por la mañana de la frecuencia de su pulso y del calor de su piel.

El, muy nervioso, tampoco pudo dormir.

La habitación tenía la frialdad del abandono: en la pared, junto al techo, había manchas de humedad, y la antigua cama de torneadas columnas y huérfana de cortinajes, y el viejo «buró» con espejo del siglo pasado, tenían, a la temblona luz de la lamparilla, no sé qué tinte de existencias muertas. Al verse allí con su mujer, en aquel lecho, le producía, sin saber por qué, vaga sensación; le parecía haber ocurrido en su vida un cambio brusco, y que, como río que cambia de cauce, empezaría desde aquella noche a tomar diferente aspecto. El nordeste agitaba los vidrios de la ventana.

Luisa no pudo levantarse por la mañana.

Julián, llamado a toda prisa, les tranquilizó.

—Es una fiebre cilla nerviosa, que con un poco de reposo pasará. El susto de anoche, ¿eh?

—He soñado toda la noche con ella—dijo Luisa—, que había resucitado... ¡Qué horror!

—Puede usted perder cuidado... ¿La han amortajado ya?

—Allí está Sebastián con ella—dijo Jorge—, y yo voy a dar un vistazo.

En la calle se sabía ya la muerte de la «Tripa vieja».

La mujer que la amortajó—una matrona muy picona de viruela, con los ojos encarnados por abuso del alcohol—era conocida de la señora Elena. Estuvieron hablando un momento al sol, en la puerta del estanco.

—¿Hay mucho que hacer, señora Margarita?

—No falta, no falta, señora Elena—dijo la amortajadora, con la voz ronca—. En invierno siempre hay más trabajo. Pero toda es gente vieja, que se va con los fríos. Ni un cuerpo bonito que amortajar...

La estanquera le contó muchas particularidades de Juliana, los favores de sus amos y los lujos del cuarto alfombrado. La señora Margarita dijo que la dejaba *estupefacta*... ¿Y para quién sería todo aquello?, preguntaban. «Tripa vieja» no tenía parientes.

—¡Qué riqueza para mi Antoñita—dijo la amortajadora, arreglando tristemente el chal.

—¿Cómo está la chica?

—Mal; aquella cabeza está descompuesta—dijo exhalando su dolor en palabras—. Dejar al brasileño que la llevaba en palmas... ¿y por quién? Por aquel tunante, que ya la ha hecho un chiquillo y que la trata mal... Pero las muchachas son así... Y él es guapo chico, pero loco... ¡Pobrecilla! En fin, voy a vestir a esa muñeca—añadió, entrando compungidamente en la casa. El cura estaba con Sebastián, hablando de labranza, riegos e injertos, con voz gruesa, y pasando el pañuelo por debajo de la nariz. Toda

las ventanas estaban abiertas al dulce calor del sol, y los canarios piaban.

—¿Hacia mucho que estaba en casa la difunta?—preguntó el cura a Jorge.

—Casi un año.

El padre desdobló lentamente el pañuelo y lo sacudió antes de sonarse.

—Su señora lo sentirá mucho... ¡Es un sentimiento general!

Y se sonó con estrépito.

Juana apareció en aquel momento, de mantón y pañuelo a la cabeza. Había sabido por las vecinas que Juliana «había reventado» y que estaban los señores en casa de don Sebastián. Venía de allí. Luisa la mandó pasar a su cuarto, y cuando Juana vió enferma a su «querida ama» lloró; pero Luisa la dijo que «pronto estaría todo mejor, y que podía volver».

—Y oiga usted, Juana...: si el señor la pregunta... diga usted que estuvo en Bellas, con la tía...

La muchacha fué a buscar su ajuar, y se instaló de nuevo, algo impresionada por lo acaecido.

Al poco rato el señor Paula llamó discretamente.

Venía a ofrecerse para lo que fuera necesario en aquel trance. Y quitándose la gorra y arrasando el pie, decía con su voz acatarrada:

—Lamento la desgracia, la lamento... ¡Todos somos mortales!

—Bueno, bueno, señor Paula; no necesito nada—contestó Jorge—, muchas gracias.

Y cerró la puerta. Estaba impaciente por desembarazarse de aquel asedio, y como le molestasen los martillazos de los hombres que clavaban arriba el féretro, llamó a Juana.

—Diga usted a esa gente que se dé prisa; no vamos a estar así toda la vida.

Juana subió la orden. Había intimado con la

señora Margarita, que fué con ella a la cocina para tomar un «tente en pie», y como no había hambre, se contentó con unas sopitas de pan y vino.

—Sopas de burro—dijo.

Estaba disgustada con la difunta; nunca había visto bicho más feo. Parecía una sardina seca. Y miraba complacida las tentadoras formas de Juana.

—Usted sí que tiene aire de buen cuerpo—dijo, pareciendo calcular cómo arreglaría la mortaja sobre aquellas robustas líneas.

—Pronto quiere usted...—dijo Juana escandalizada.

La otra sonrió: la faltaban los dientes.

—Ha pasado por mi mano gente muy principal—dijo aflautando la voz—. ¿Hace usted el favor de otro poco de vino? Es de Cartaxo, ¿verdad? ¡Rico vino!

Con gran satisfacción de Jorge bajaron la caja a las cuatro. La vecindad cunoseaba en las puertas. El señor Paula, por fanfarronada, dijo adiós al ataúd, murmurando:

—¡Buen viaje!

Jorge preguntó arriba a Juana:

—¿No tiene usted miedo de quedarse aquí sola?

—No, señor; el que se va, no vuelve.

Sí tenía miedo, pero se preparaba a pasar la noche con Pedro, y la latía el corazón de alegría al tener la casa por suya hasta la mañana, y poder tumbarse amorosamente, como los señores, sobre el diván de la sala.

Jorge volvió a casa de Sebastián con éste, y al entrar en el cuarto en que estaba acostada Luisa:

—Ya está todo—dijo—. Ya va por el alto de San Juan debidamente acondicionada. «Per omnia sæcula sæculorum».

La tía Juana, que estaba con Luisa, saltó en seguida:

—Que vaya, que vaya. No era buena mujer.

—Buen estafermo era—dijo Jorge—. Espero que ya estará bullendo en la caldera de Pedro Botero. ¿Verdad, tía Juana?

—¡Jorge!—dijo Luisa, juzgando cristiano rezar en voz baja dos Padrenuestros por su alma.

Fué todo lo que sobre la tierra produjo la muerte de la que se llamó en vida Juliana Conceiro Tavira.

*
* *

Al día siguiente mejoraba Luisa; trataron de volver a casa, con gran disgusto de la tía Juana. Sebastián no decía nada, pero deseaba secretamente que la convalecencia la retuviese allí tiempo indefinido. ¡Tenía miradas tan agradecidas, que él solo comprendía! ¡Era tan feliz teniéndola a ella y a Jorge en su casa! Conferenciaba con la tía Vicenta sobre la comida; andaba por los corredores y la sala con respeto, casi de puntillas, como si la presencia de ella santificase la casa; llenaba los vasos de camelias y violetas; sonreía beatíficamente al ver a Jorge paladear de sobremesa el viejo cognac; sentía algo bueno que le mortificaba, y pensaba que cuando ella se marchase todo le parecería más frío, como impregnado de la tristeza de las ruinas.

¶ Pero a los dos días se fueron a su casa.

¶ La criada nueva gustó a Luisa. Se la había proporcionado Sebastián, y era una muchacha aseada, con ojos expresivos y un aire encantador. Se llamaba Mariana, y dijo en seguida a Juana que «se moría por la señora, que tenía cara de ángel y que era muy guapa».

Jorge mandó los baúles de Juliana a la tía Victoria.

Cuando se fué por la tarde, Luisa se encerró en su cuarto con la cartera de Juliana; corrió los transparentes por precaución, encendió una vela y quemó las cartas. La temblaban las manos, y vió con los ojos anegados en lágrimas cómo aquellos escritos, que eran su vergüenza, se disipaban en una columnita de humo blanco; ¡gracias a Sebastián, a aquel querido Sebastián!

Entró en la sala, en la cocina, para ver la casa; todo le parecía nuevo, y su vida, llena de dulzuras; abrió todas las ventanas, tecloteó en el piano, rasgó supersticiosamente la partitura de «Medje», que le dió Basilio; habló mucho con Mariana, y saboreando su caldo de gallina, como convaleciente, pensaba con el rostro radiante:

—¡Qué feliz seré ahora!

Sintió entrar a Jorge por el corredor: corrió a él, le echó los brazos al cuello, y con la cabeza en su hombro, le dijo:

—¡Estoy muy contenta! ¡Si supieses qué buena muchacha es Mariana!

*
* *

Aquella noche volvió la fiebre. Julián la encontró peor a la mañana siguiente.

—Esto se agrava un poco—dijo descontento.

Estaba recetando cuando entró muy excitada doña Felicidad. Quedó sorprendida de ver enferma a Luisa, e inclinándose sobre ella le dijo al oído:

—Tengo que contarte...

Apenas Jorge y Julián salieron, dijo en voz baja y confidencial ¡que había sido robada, indignamente robada! El hombre que mandó a Tuy, grandísimo ladrón, escribió a la criada Gertrudis que no se resolvía a volver a Lisboa; que la saludadora había mudado de residencia; que él no quería saber más del asunto, todo con buena letra de memorialista y con un portugués horrible; pero ni palabra del dinero.

—¿Qué te parece la bribonada? ¡Ocho onzas!

—¡Para mí han acabado los gallegos! ¡Por eso el Consejero no se insinuaba, porque la saludadora no hizo el sortilegio!

Si no creía en la honradez de los gallegos, creía aún en la brujería.

—No es por el dinero, sino por el disgusto.

¿Quién sabe dónde estará ahora la mujer? ¡Es para volverse local! ¿Qué te parece, eh?

Luisa se encogió de hombros. Abridada con el cobertor, y muy encarnada, se la cerraban los ojos pesadamente; doña Felicidad la aconsejó un sudorífico suspirando, y como Luisa no podía consolarla, se fué a la Encarnación a desahogarse con Silveira.

Al amanecer empeoró Luisa. La fiebre creció. Jorge se vistió muy inquieto y marchó a las nueve a buscar a Julián. Bajaba la escalera apresurado y abotonándose el gabán, cuando encontró al cartero, que subía tosiendo.

—¿Hay cartas?—preguntó Jorge.

—Una para la señora—dijo el cartero.

Jorge miró el sobre; tenía el nombre de Luisa y venía de Francia.

—¿De quién diablos será?—pensó.

A la media hora volvió con Julián en un coche. Luisa dormitaba aletargada.

—Es preciso cuidado... Vamos a ver—dijo Julián meneando la cabeza, mientras al otro lado de la cama le miraba ansioso Jorge.

Recetó y se quedó a almorzar. Estaba el día frío y nublado. Mariana, abridada con su manton, servía la mesa con sus dedos hinchados de sabañones. Jorge se sentía triste, como si la niebla del ambiente se le condensase en el alma.

—¿A qué atribuir aquella fiebre?—decía contristado. ¡Era extraño! Hacía seis semanas que estaba bien y mal a ratos.

—Estas fiebres tienen mil causas—dijo Julián, partiendo tranquilamente una tostada—, a veces una corriente de aire, a veces un disgusto. Tenga ahora un curioso ejemplo de ello: un sujeto, un tal Alvés, que estuvo a la muerte y que vivía hacía dos meses sufriendo. Hace dos semanas

que por un golpe de fortuna—porque es caprichosa esa señora—, arregló todos sus negocios y se vió libre. Pues, señor, desde entonces tiene una fiebre así, insidiosa, compleja, con síntomas disparatados. ¿Qué es? Que acabó la excitación nerviosa, y que la felicidad alteró su sangre. Sobreviene una extenuación general, la mayor cuando el acreedor implacable sale, y... «per omnia sæcula».

Levantóse y encendió un cigarro.

—En todo caso, reposo absoluto, como si pudiéramos el espíritu entre algodón en rama. Nada de ruido ni de frases, y si tiene sed, agua de limón. Hasta luego.

Y se fué, poniéndose los guantes negros, que usaba desde que pertenecía al cuerpo médico.

Jorge volvió a la alcoba; Luisa dormitaba aún. Mariana, sentada en una silla baja, con la carita triste, no quitaba de Luisa sus ojos, vagamente espantados.

—Ha estado muy quieta—murmuró.

Jorge tocó la mano ardiente de Luisa y arregló la ropa; la besó en la cabeza y fué a cerrar las maderas de la ventana. Paseando en el despacho, recordaba las palabras de Julián: «Fiebres que vienen por un disgusto». Pensaba en la historia del comerciante y recordaba el inexplicable estado de abatimiento y debilidad que tanto le preocupara en Luisa últimamente. ¡Bah, tonturas! Disgusto... ¿de qué? En casa de Sebastián estuvo tan contenta. No sería la muerte de «aquella» la causa. Por otra parte, creía poco en las «fiebres de disgusto». Julián tenía una medicina literaria, y pensó que tal vez sería prudente llamar al viejo doctor Caminha.

Al sentir la mano en el bolsillo, se encontró una

carta: la que le dió el cartero para Luisa. Volvió á examinarla con curiosidad: el sobre era ordinario, como los que dan en cafés y restaurants; no conocía la letra, que era de hombre... Venía de Francia. Tuvo deseo de abrirla pero se contuvo, y tirándola sobre la mesa lió un cigarro.

Volvió á la alcoba. Luisa seguía aletargada; la manga de la chambra, caída, descubría el precioso brazo y el dorado sobaco; el rostro encendido brillaba; las largas pestañas caían pesadamente en el adormecimiento de los párpados; un rizo le caía sobre la frente, y le pareció á Jorge hechicera con aquel color de fiebre. Pensó, sin saber por qué, en que otros la hallarían igualmente linda y la deseaban, y hasta se lo dirían si era posible... ¿Por qué la escribían de Francia?...

Volvió al despacho; la carta sobre la mesa le irritaba; quiso leer y tiró en seguida el libro, impaciente. Se puso á pasear, retorciendo nerviosamente el forro de los bolsillos.

Cogió la carta y quiso ver á través del delgado papel del sobre; y, sin pensarlo, empezaron sus dedos á rasgar un ángulo. Aquello no era delicado... Pero la curiosidad, que le llenaba el cerebro, le sugería toda clase de razones con persuasiva tentación... Ella estaba enferma, y podía ser algo urgente, tal vez una herencia... Además, no sabía que tuviera secretos, y menos de Francia... ¡Sus escrúpulos eran pueriles! La diría que la abrió por equivocación... ¿Y si la carta contenía el secreto de aquel *disgusto* de las teorías de Julián?... ¡Debía abrirla para curarla mejor!

Se halló, sin quererlo, con la carta abierta en la mano. La devoró de una ojeada, pero no entendió bien: las letras bailaban, y acercándose á la ventana, leyó lentamente:

“Mi querida Luisa:

“Sería largo explicarte cómo y por qué estaba anteayer en Niza, de donde llegué á París esta madrugada, donde ha recibido tu carta, que, á juzgar por los sellos, he recorrido toda Europa detrás de mí. Como ya va á hacer dos meses y medio que la escribiste, supongo que te arreglarías con esa mujer, y que no te hará falta dinero; pues, en caso contrario, ponme un telegrama, y lo tendrás á los dos días. Veo en tu carta que no crees que mi marcha fuera causada por negocios, y eres injusta. Mi ausencia no debía, como dices, haberte quitado las *ilusiones sobre el amor*, porque, en realidad, sólo cuando salí de Lisboa supe cuanto te quería, y no pasa día sin que me acuerde del *Paraiso*. ¡Qué hermosas mañanas! ¿Has vuelto á pasar por allí? ¿Te acuerdas de nuestro *lunch*? No tengo tiempo para más. Tal vez vuelva pronto á Lisboa y espero verte, porque Lisboa, sin ti, sería para mí un destierro.

“Recibe un beso apasionado de tu

“BASILIO.”

Jorge dobló la carta, la tiró sobre la mesa y dijo en voz alta:

—¡Perfectamente!

Llenó la pipa con tabaco maquinalmente; con ojos extraviados y temblorosos labios, dió algunos pasos por el despacho, y de pronto tiró la pipa, rompiendo un cristal de la ventana; amenazó, loco, con el puño, y echándose de bruces sobre la mesa, moviendo la cabeza entre las manos y mordiendo las mangas, rompió á llorar, dando, como loco, con los pies en el suelo.

De pronto se levantó, cogió la carta é iba con ella al cuarto de Luisa; pero le detuvo el recuerdo de las palabras de Julián: “que esté tranquila, nada de fra-

ses, nada que la excite". Guardó la carta en una gaveta y la llave en el bolsillo. De pie y temblando, con los ojos inyectados en sangre, sintió fulgurar ideas insensatas en el cerebro, como los relámpagos de la tempestad. ¡Matarla, irse luego, abandonarla, levantarse la tapa de los sesos!...

Llamó ligeramente Mariana en la puerta y dijo que la señora le llamaba.

Una ola de sangre le subió á la cabeza, mirando estúpidamente á Mariana y moviendo sin cesar los párpados.

—Ya voy—dijo roncamente.

Al pasar por la sala, ante el espejo oval, se quedó pasmado de ver su rostro envejecido. Pasó por él una toalla mojada, se alisó el cabello, y al entrar en la alcoba, al verla con sus grandes ojos dilatados por la fiebre, tuvo que agarrarse á la barra de la cama, porque sintió que en derredor suyo oscilaban las paredes como las velas al viento.

Sonrió, sin embargo.

—¿Cómo estás?—dijo.

—Mal,—murmuró débilmente Luisa, llamándole con cansado gesto.

El se sentó junto á ella, sin mirarla.

—¿Qué tienes?—dijo ella, acercando su rostro al de él.—No te aflijas...—añadió, tomándole la mano y colocándosela sobre el lecho.

Jorge la rechazó secamente y se levantó brusco, con los dientes apretados; sentía cólera brutal y se iba temiéndose á sí propio, á un crimen, cuando oyó la voz de Luisa, que sonaba como un lamento:

—¿Qué es esto, Jorge? ¿Qué tienes?

Se volvió, la vió medio levantada, con los ojos abiertos y fijos en él, la angustia en el rostro y dos lágrimas que le caían silenciosamente.

Cayó de rodillas, la cogió las manos y rompió en sollozos...

—¿Qué es esto?—dijo la voz de Julián, en la puerta de la alcoba.

Jorge se levantó muy pálido.

Julián se lo llevó á la sala y se cruzó terrible de brazos, delante de él.

—¿Estás loco? ¿Sabes que está en un estado como ese, y representas con ella escenas de lágrimas?

—No me pude contener...

—Resiste. ¿Le corto yo la fiebre para que tú se la aumentes? ¡Estás loco!

Estaba realmente indignado. Se interesaba por Luisa como enferma y deseaba curarla. Sentía placer ejerciendo el dominio de persona necesaria en una casa en que sus visitas habían tenido siempre cierto tinte de dependencia, y no se olvidaba al irse de ofrecer negligentemente un cigarro á Jorge.